

Rodolfo Mata, *Las vanguardias literarias latinoamericanas y la ciencia. Tablada, Borges, Vallejo y Andrade*, México, UNAM, 2003, 362 pp.

El hecho de que en el transcurso de apenas un par de años se hayan publicado varios libros sobre vanguardias latinoamericanas, cada uno considerando aspectos distintos y, como afirman los autores, que apenas han sido tocados antes, me parece no menos significativo que el auge de la edición crítica de la obra de escritores vanguardistas, o la elaboración de nuevas antologías. No es de extrañarse, entonces, que el concepto mismo de vanguardia literaria se siga transformando, y que su comprensión, cada vez más diversificada y enriquecida, tenga efectos notables sobre nuestra cultura literaria y extraliteraria.

Esta continua transformación vuelve especialmente compleja la labor de los estudios literarios que emprenden el análisis de las vanguardias en un horizonte que rebasa la tradición propiamente literaria. ¿Cómo enfrentarse a relaciones como “vanguardia y revolución”, “vanguardia y política”, si la revolución, la política son elementos propios de la propuesta estético-literaria de más de un autor o movimiento? Los estudios que han logrado indagar en torno a estas relaciones, reconociéndolas como constitutivas en más de un sentido de algunas de las vanguardias, son pocos y excepcionales. Un ejemplo es el extenso estudio introductorio de Jorge Schwartz en *Las vanguardias latinoamericanas*,¹ donde el autor —y eso me parece uno de sus grandes aciertos— discute lo político no a través de los contextos político-sociales de las historias locales, sino por medio de la visión utópica que caracteriza las vanguardias político-estéticas, en su afán por lo nuevo.

Rodolfo Mata, en *Las vanguardias literarias latinoamericanas y la ciencia. Tablada, Borges, Vallejo y Andrade*, se enfrenta precisa-

¹ Jorge Schwartz, *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*, México, FCE, 2002.

mente a esta difícil y a la vez sugerente problemática: el estudio de los ámbitos referenciales internos y externos desde la propia literatura. Al relacionar las vanguardias con la ciencia, el investigador está ante dos posibles caminos. Tal como sucede frecuentemente en los textos de Jorge Luis Borges, esa primera bifurcación no significa simplemente dos opciones de análisis, de caminos a recorrer, dos posibles desenlaces, sino un complejo y laberíntico mundo que se abre a partir de cualquiera de las decisiones que se tome, ya que incluye siempre también la otra opción y sus consecuencias. No obstante, cada uno inicia de manera particular. Uno puede encaminarse por la ruta de “las dos culturas” donde vanguardias y ciencias quedan colocadas en ámbitos distintos, tomando así la propuesta de Charles P. Snow como punto de partida, y dejando abierta la opción de buscar una tercera cultura que permita reconocer diferencias y reunir puntos en común. O bien, uno puede ignorar la tradición de las dos culturas e irse por los senderos más accidentados, agrestes e inciertos de una propuesta más radical: el que las ciencias y las vanguardias literarias están mucho más entramadas de lo que se ha querido ver.

La polémica que provocó Snow a finales de los años cincuenta, da pie para una discusión ante el amplio horizonte que abarca aspectos tan diversos como la literatura en sus tradiciones decimonónicas, la visión sobre la modernidad en la época de la Guerra Fría, las críticas al progreso tecnológico por sus consecuencias negativas. Mucho más importantes en función de la temática central de *Las vanguardias literarias latinoamericanas y la ciencia* son, sin embargo, las consideraciones expresadas en la respuesta de Guillermo de la Torre y la visión de éste sobre las vanguardias, derivada tanto de su labor como crítico e historiador, como por la mirada retrospectiva en torno a su participación directa y el papel que desempeñó en su momento en la literatura de vanguardia. Su opinión, parcial y no siempre claramente expuesta, parecen abrir las perspectivas hacia las discusiones de la teoría literaria.

Rodolfo Mata ingresa al laberinto por la primera ruta, la de las dos culturas, entre otras razones porque así lee, precisamente, las señales

que le ofrecen algunos de los textos escogidos para su estudio, sobre todo los artículos y crónicas periodísticas a través de los cuales autores como José Juan Tablada dan cuenta de los debates científicos del momento. El que la ciencia tome aquí el lugar de un tema a tratar, sugiere efectivamente este primer camino. En lo personal, como lectora de textos de vanguardia y del estudio de Mata, prefiero tomar la otra ruta, siguiendo una sugerencia para los últimos años del siglo XIX:

No basta con la pretensión de describir una relación dialéctica entre las innovaciones de los artistas y escritores de vanguardia a finales del siglo XIX, y los conceptos correspondientes de “realismo” y positivismo de la cultura científica y popular. Más bien es crucial ver ambos fenómenos como componentes sobrepuestos de una superficie social única donde décadas antes había empezado ya una modernización de las formas de ver.²

Los dos caminos se cruzan con frecuencia y de pronto incluso se confunden; más que un determinado paisaje, conforman un laberinto inabarcable. Es así que la relación con la ciencia se puede ver de diversas maneras, y se me ocurren, por lo menos, cuatro: la ya señalada donde diversos hallazgos científicos son tema de interés para los escritores y los lectores a los que se dirigen, y que no es nueva ni específicamente vanguardista; una segunda que también tiene ya cierta tradición decimonónica, más de corte moderno que vanguardista, y donde confluyen la confianza y el escepticismo ante los procesos de modernización urbana, técnica, e industrial; una tercera, donde los estudios literarios, en especial la teoría literaria y la lingüística ingresan al horizonte de las ciencias, marcando sus diferencias con las ciencias naturales; y una cuarta que tiene que ver con la gran cantidad de rupturas respecto a la visión del mundo a principios del siglo XX, así como con la necesidad provocada por estas rupturas de encontrar lenguajes novedosos capa-

² Jonathan Crary, *Techniques of the Observer. On Vision and Modernity in the Nineteenth Century*, Cambridge, Mass y Londres, MIT Press, 1999. p. 5 [La traducción es mía].

ces de describir estas nuevas visiones y a la vez crear representaciones satisfactorias. Esta última relación es, posiblemente, la más vanguardista. Como vemos en seguida, no está en la línea de la tradición donde se insiste en una especie de tipología que asigna a cada disciplina un lenguaje determinado por sus condiciones de significación.

La búsqueda de un lenguaje nuevo para describir algo que no se conoce, ni se comprende, incluye no pocas veces un elemento lúdico, experimental. En *The Nature of the Physical World* (1928), uno de los físicos más lúcidos de la época, y uno de los más precisos, el inglés Arthur Eddington, afirmó que el conocimiento teórico y las distintas hipótesis acerca de los electrones y sus movimientos al interior de los átomos eran bastante confusos, ya que se limitaban a comprobar que “algo desconocido hace algo; sin embargo, no sabemos qué”; la frase que cita a manera de ejemplo de esta situación, “escurridizos tobs / vibran por el pasadizo”, no adquiere “sentido” mientras no se introduzcan cantidades: “Ocho escurridizos tobs / vibran por el pasadizo del oxígeno, siete por el del nitrógeno...”³ Traigo a cuenta esta anécdota para recordar que no sólo hay un interés de los vanguardistas en los temas de ciencia, sino también un evidente acercamiento lúdico de algunos científicos teóricos a la escritura vanguardista experimental. Comparten, pues, un horizonte.

Lo que la física teórica tiene en común con las vanguardias no es solamente una suerte de lenguaje experimental; detrás de los supuestos juegos de palabras se percibe la desorientación, el desconcierto ante un mundo que se descubre en espacios y niveles cada vez más complejos e inciertos, y cuya estructura, funcionamiento y efectos no necesariamente se pueden describir y mucho menos explicar. Tienen en común, asimismo, la búsqueda de estrategias e instrumentos para iniciar tal descripción, por no hablar, siquiera, de una posible explicación. La percepción, las miradas, el entendimiento cambian radicalmente.

³ Citado en John Gribbin, *Auf der Suche nach Schrödingers Katze. Quantenphysik und Wirklichkeit*, Munich, Zurich, Piper, 1991 (trad. del inglés *In Search of Schrödingers Cat*, 1984).

Hoy observamos, por lo mismo, las más diversas maneras de dar cuenta de este desconcierto. Se puede pensar, como lo hace Tablada en alguna de sus crónicas, que la enorme complejidad para comprender lo que sucede en la investigación científica tanto teórica como experimental impide que con excepción de unos cuantos científicos, alguien sea capaz de entender los descubrimientos, las hipótesis y las teorías recientes. “Lo triste del caso es que, según el mismo profesor Einstein, no existen en el mundo sino doce hombres capaces de entender cabalmente su teoría”, cita Rodolfo Mata a Tablada. El desconcierto ante las transformaciones radicales de la conceptualización del universo y la complejidad de sus implicaciones teóricas, la percepción y la experiencia del mundo incluyendo sus aspectos sociales y culturales, así como las representaciones experimentales, llevan a Tablada a asociar su interés por la temática científica con una visión que resalta lo novedoso, lo insólito, los “aspectos fantásticos”. Predomina, asimismo, un efecto que se ha estudiado poco en relación con la divulgación científica de la época: las tendencias espiritualistas que constituyen una parte considerable del horizonte tanto cultural como político. Estas tendencias bien podrían relacionarse con la dificultad de asimilar la percepción y la comprensión de estas transformaciones a las hipótesis científico-teóricas que apenas se empiezan a conocer incluso al interior de los círculos científicos.

La lectura puntual que realiza Mata de las crónicas permite vislumbrar diversos ejes hacia los cuales apuntan los textos de Tablada; futuras investigaciones seguramente podrán profundizar en el conocimiento acerca de este horizonte, compartido también por diversos pintores mexicanos, como se ha señalado desde la historia del arte.⁴ Crecen asimis-

⁴ Véase como ejemplo la lectura que hace Renato González Mello de Diego Rivera, un tanto como reacción a las tradicionales interpretaciones histórico-políticas nacionalistas, en un trabajo preliminar: “Diego Rivera entre la transparencia y el secreto”, en Esther Acevedo [coord.], *Hacia otra historia del arte en México. La fabricación del arte nacional a debate (1920-1950)*, México, CONACULTA, 2002, pp. 39-64.

mo las evidencias que estas crónicas, al combinar el tono literario con un horizonte experimental y el interés por divulgar los nuevos conocimientos científicos, superan desde luego una simple relación temática entre vanguardia y ciencia, a la vez que rebasan la tradición periodística.

También se puede pensar que el interés de los escritores vanguardistas se dirige ante todo a las posibilidades de la tecnología, o bien a las consecuencias no deseadas de una fe ciega en sus usos, o en el progreso, es decir, que se dirige a los impactos que experimenta la sociedad a principios del siglo XX. Dado que la admiración o angustia provocadas por los adelantos técnicos se hacen explícitas en diversos movimientos literarios europeos, la crítica literaria las confunde frecuentemente, ya que se deja engañar por las temáticas y el uso de imágenes relacionadas con la técnica, o metáforas alusivas a aviones y automóviles. En consecuencia, esa misma crítica se ha empeñado en afirmar que algunas corrientes latinoamericanas de vanguardia no son sino una simple imitación de las preocupaciones europeas. Sin embargo, no hay duda de que la tecnología como tal queda fuera del centro de atención y la preocupación inmediata. Lo que se comparte es en todo caso un cierto sentir: “tenemos, por un lado, la actitud eufórica ante el progreso de los ultraístas y, por otro, el desengaño de los expresionistas”, afirma Mata acerca de las relaciones entre Borges y aquellas vanguardias de las que toma algunos elementos sin comprometerse con uno u otro.

Es el interés en torno a este horizonte común lo que conduce a Rodolfo Mata a seguir su camino por los textos vanguardistas de Borges. Y se lee, casi entre líneas, cómo se empieza a construir, poco a poco y desde las propias vanguardias, una especie de recepción de la misma que inicia uno de los grandes tópicos de la crítica literaria y, por lo tanto, de la integración de un nuevo canon: la diferencia entre “imitadores” de estilos, y aquellos otros que se ven como iniciadores de nuevos caminos. En el estudio de Mata en torno a Borges, eso se expresa a través de la lectura detallada de los movimientos de vanguardia de las que forma parte o con los que tiene contacto el escritor argentino, lo cual permite al autor destilar lo que llama “el afán teorizador de Borges”. El enfoque de

Borges difiere del de Tablada, aun cuando un tema de la ciencia como la cuarta dimensión aparece mencionado por ambos escritores. Para Borges no se trata de “aludir” mediante lenguaje, estilo o referencias directas al mundo científico y las rupturas que se experimentan en la manera de conceptualizar el universo, no pretende explicar fenómenos hasta entonces desconocidos ni proponer nuevas hipótesis y teorías que complementen a las anteriores, incluso a sabiendas de las paradojas que eso crea al interior de los esquemas mentales racionales. Las contradicciones que surgen en los debates tanto de las ciencias como entre éstas y otras disciplinas, tradiciones y visiones del mundo, no sólo son evidentes, sino propias de la nueva visión del mundo.

Según Rodolfo Mata, Borges aprovecha “el prestigio del discurso de la ciencia para legitimar su propuesta literaria”. Si bien el discurso científico pareciera gozar de prestigio entre los positivistas, no hay que olvidar que teorías como la de la relatividad causan prolongadas discusiones incluso al interior del gremio de los físicos; o que las “ideas darwinianas de la evolución” mencionadas por Mata, aun están lejos de ser aceptadas en las sociedades más católicas. La vinculación con el prestigio de ciertos tipos de discurso me parece menos probable que lo sugerente que para los autores vanguardistas pueden resultar las nuevas hipótesis acerca de cómo explicar el mundo, sobre todo considerando que uno de los grandes paradigmas que se rompe en estas primeras décadas del siglo XX, se debe a los nuevos conocimientos lingüísticos en torno a la estructura del lenguaje, sus posibilidades de significación y, por lo mismo, la pertinencia de las tradiciones discursivas y retóricas. La división en las “dos culturas” y la asignación de determinados lenguajes para determinadas disciplinas o tradiciones discursivas, ciertamente no son compartidas por las vanguardias.

Hoy se sabe —diría el teórico y crítico literario Peter von Matt en 1972— que la conceptualización científica objetivista es ante todo la proyección poco reflexiva de un modelo sobre el mundo; que tan sólo desde la teoría

lingüística, la idea de un universo cerrado que se pueda racionalizar y del que se pueda disponer desde la ciencia, es una ilusión.⁵

Y aquí podemos observar un típico doble juego borgiano: aprovecha el imaginario positivista del supuesto prestigio del discurso científico para su propuesta literaria, pero dejando que se le adhieren también las dudas y paradojas que están en debate, convirtiendo la propuesta auténticamente en vanguardista. Aprovecha este segundo aspecto, las contradicciones en y entre las diferentes hipótesis y lo que no está resuelto y lo que incluso no se puede explicar en términos teóricos de la época, para una reflexión más filosófica acerca de las nuevas ideas sobre el universo. Llevada hacia el perfeccionamiento, esta complejidad filosófica marca en gran medida los textos literarios de Borges.

El ámbito de la filosofía se ve seriamente afectado por las incursiones reflexivas de los científicos críticos frente a las implicaciones que resultan de sus investigaciones en torno a los espacios de la relatividad o la incertidumbre; se ve afectado asimismo por escritores, como muestran los casos de Borges y de otros muchos cuyas rupturas configuran y resignifican desde la estética y la reflexión los valores simbólicos: también ellos proyectan una visión del mundo más incierta. Las relaciones interdisciplinarias entre los descubrimientos y teorías de la ciencia del siglo XX, las implicaciones filosóficas de nuevas hipótesis que afectan la cosmovisión, la reflexión en torno al ser humano y las múltiples maneras de comprenderse y de conceptualizar culturalmente el universo, son relaciones que se prolongan hasta la fecha, como muestran los debates en torno al genoma humano. La absorción desde la literatura vanguardista de un mundo estrechamente ligado a las ciencias (la ya mencionada cuarta dimensión; elementos conocidos desde antes como el prisma, pero vistos y analizados con nuevos ojos), permite a los escritores

⁵ Peter von Matt, *Literaturwissenschaft und Psychoanalyse*, Ditzingen, Reclam, 2001 (1ª ed. 1972), p. 40 [la traducción es mía].

vanguardistas desplegar una fuerza metafórica equivalente, en términos de representación simbólica, a las hipótesis y teorías científicas.

Alejémonos un instante de este horizonte compartido que se mantendrá abierto a la posibilidad de preocupaciones y debates interdisciplinarios (lo cual no quiere decir que exista siempre la misma disponibilidad para su realización o se comprenda siquiera su urgencia). Volvamos a la necesidad común de buscar lenguajes capaces de expresar conocimientos, experiencias y, por supuesto, preguntas e hipótesis distintas a las acostumbradas. Encontramos, entonces, en los experimentos literarios de las vanguardias no sólo una reelaboración explosiva de metáforas, sino también procesos de significación que no son fáciles de explicar. Me referí al juego de palabras de Eddington respecto a un mundo donde hay cosas que no sabemos qué son y que hacen cosas que tampoco conocemos; no importa finalmente qué palabras, existentes o no en nuestro vocabulario, les asignemos a estas cosas. Lo notable es que la introducción de relaciones lógicas a través de números o cantidades pareciera restituir el sentido perdido —por lo menos eso es lo que pretende mostrar el juego de palabras del físico inglés.

Del análisis que hace Rodolfo Mata de los poemas pertenecientes a *Trilce*, se percibe que alguien tan familiarizado con el discurso científico como César Vallejo logra, precisamente por esta cercanía, mostrar el carácter incierto, simbólico, posiblemente metafórico de los números. No es que se trate de recordar a los científicos, cuyo uso preciso de las matemáticas sirve para investigar y a la vez explicar lo desconocido, que los lenguajes numéricos forman parte de largas tradiciones místicas, teológicas o filosóficas. Pero si nos mantenemos en el horizonte común a los científicos y vanguardistas, la ruptura de paradigmas incluye aun algo tan abstracto como los números que se pueden convertir, por lo mismo, en metáforas poéticas desde ámbitos referenciales y tradiciones que parecían irrecuperables en términos poéticos. Eso da pie para incursionar en la poesía reuniendo tradiciones de historia literaria y lenguaje técnico en una fusión llamada por el propio Vallejo “barroco industrial”.

Sin afán de detallar más estas posibilidades para la creación vanguardista —remito al lector al estudio del propio Mata quien apoya su lectura en importantes detalles biográficos de Vallejo, además del conocimiento que tenía el poeta de la cosmovisión de Ernst Haeckel (*Los enigmas del universo*)— quiero resaltar lo enriquecedor que resulta un enfoque interdisciplinario en comparación con algunos estudios más tradicionales que partían de modelos interpretativos más bien cerrados.

En vista de la problemática central que Mata discute a lo largo de su libro, queda al margen del estudio la posición política e ideológica de Vallejo, apenas aludida en la clásica referencia al “absoluto rigor científico” del materialismo, en palabras del propio poeta. Nuevamente me parece que se abre una veta a la investigación: el compromiso social, político y revolucionario de muchos escritores vanguardistas se podrá relacionar no sólo con la posterior reinterpretación realizada por ellos mismos en la crítica o la autobiografía, sino también con un estudio de recepción con el fin de reflexionar en torno a los resultados de interpretaciones que se guían más por los supuestos contenidos sociopolíticos que por las propuestas estéticas, independientemente del signo ideológico que las marca. El amplio horizonte compartido por científicos y vanguardistas, y las relaciones interdisciplinarias mencionadas en las que incursionan, podrá ser de provecho para una reconsideración en este sentido.

La urgencia de un amplio estudio que comprenda la recepción más allá de los balances que se suelen realizar desde un canon literario poco sensible a las propuestas que lanzan las vanguardias, lo muestra el caso de Oswald de Andrade, tildado de “autor de obra fallida o llena de altibajos, improvisador fulgurante, inmaduro y descuidado, oportunista de las modas o payaso de la burguesía transformado más tarde en militante comunista desubicado”, como resume Rodolfo Mata. Quede como nota al margen que la crítica literaria que se ocupa de las vanguardias y, en general, de obras que señalan una profunda ruptura con las tradiciones discursivas, aun no ha incursionado con suficiente agudeza en los horizontes particulares de la recepción; evidentemente, estos horizontes no

sólo tienen que ver con el canon literario vigente, sino con las posibilidades amplias de pensarse e imaginarse que tiene una sociedad en determinados momentos.

Las redes discursivas en las que se tiene que ubicar a Andrade revelan con singular riqueza este amplio horizonte compartido al que me he referido reiteradamente, ya que obliga a una mirada aún más extensa. Mata se refiere detenidamente a las discusiones en torno a las relaciones del brasileño con las vanguardias europeas y diversas tradiciones literarias, y a las marcas que dejan en su obra los estudios antropológicos.

Por mi parte, quiero restringirme a dos tipos de discursos estrechamente entrelazados, cuya reconsideración me parece esencial. En primer término, se ha señalado ya en varios estudios la necesidad no sólo de clasificar sino de leer el manifiesto de vanguardia como género literario cuyas enormes facetas se encuentran en la ironía, la parodia y, ante todo, en una construcción simbólica cuya intención no se limita a un proyecto literario sino a una visión del mundo, un mundo que se establece en una posición oblicua en relación con los ámbitos referenciales conocidos. El “Manifiesto de poesía Pau-Brasil” y el “Manifiesto antropófago” son ejemplos sobresalientes.

En segundo término se encuentran los discursos que construyen no sólo en la literatura y el arte sino en la antropología, la historia, la política entre otros, las más diversas visiones europeas sobre lo exótico (en su doble sentido: miradas y quimeras), configurando una parte importante del concepto de “lo occidental”. Uno de los supuestos exóticos (en este caso Andrade) responde con una parodia contestataria que rebasa por mucho su punto de partida para convertirse en una propuesta estética distinta con consecuencias culturales y políticas significativas. Esta propuesta se presenta al interior de un marco esbozado por Mata, quien se refiere al imaginario colectivo sobre los procesos de modernización que prometen bienestar a la vez que exigen acercarse a los modelos, en una línea evolucionista predeterminada. Invierto el orden de la discusión porque me parece que es precisamente la parodia al exotismo lo que permite que los manifiestos extiendan su significado hacia los ámbitos de la

política social y económica, que obligan a la imitación de modelos cuya dominación se da a través de los espacios de la modernidad y el progreso. Así, los textos vanguardistas de Oswald de Andrade se vuelven doblemente simbólicos, doblemente significativos: mantienen, incluso, una serie de contradicciones que no se pueden *resolver* en términos dialécticos.

Finalmente, no puedo sino señalar la ruptura con oposiciones aparentemente similares que han caracterizado una parte significativa de la literatura latinoamericana y del imaginario social, como la confrontación entre civilización y barbarie o entre progreso y atraso. A eso contribuyen, precisamente, la parodia y la irreverencia a las que queda sujeta la visión europea, incluyendo la de los antropólogos.

Aquí cabe una observación adicional, cuya discusión se extraña en el estudio de Rodolfo Mata: la gran diversificación de los discursos científicos no sólo entre sí, sino en relación con sus propias tradiciones y la cosmovisión que hacen suya. Rupturas fuertes las experimenta en gran medida la física, mientras que las teorías evolucionistas, por mencionar un solo ejemplo, provienen de un ideario muy marcado por las experiencias sociales y políticas del siglo XIX que son prolongadas hasta bien entrado el siglo XX. La antropología no vivirá sus mayores rupturas sino hasta las discusiones propias de los horizontes culturales de la segunda mitad del siglo XX en torno a las posibilidades de observación del otro y el lugar social desde el cual se construye toda narrativa.

Los cuatro ensayos sobre Tablada, Borges, Vallejo y Andrade que estructuran *Las literaturas latinoamericanas de vanguardia y las ciencias*, dan cuenta puntualmente de la relación de cada escritor con determinados elementos provenientes de las ciencias. Sin embargo, distinguen poco las diferencias que son significativas para nuestra cultura, entre los cambios vertiginosos de algunas disciplinas y la prolongación conceptual y frecuentemente ideológica de otras. Pocas veces, las historias disciplinarias o los balances ofrecen una visión de conjunto. A esta visión contribuyen —y posiblemente eso les cause extrañeza tanto a los científicos como a los estudiosos de la literatura— nuevas lecturas de los movimientos de vanguardia: a través de la construcción de los

horizontes compartidos describen y analizan percepciones sensiblemente afectadas por las rupturas provocadas en las hipótesis, los experimentos, las teorías científicas; o bien —hemos visto que también lo contrario puede suceder— provocadas por discursos estancados bajo la influencia de determinadas tradiciones del pensamiento.

SILVIA PAPPE
UAM-Azcapotzalco